

El Partido Democrático
Carlos Marx y Federico Engels
1 de junio de 1848

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista (anexos)*, páginas 314-315, formato pdf, [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov](#).
Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 2, 2 de junio de 1848.)

Colonia, 1 de junio [1848]

A cualquier nuevo órgano de la opinión pública se le suele exigir que se entusiasme con el partido cuyos principios profesa, que tenga confianza absoluta en su fuerza, que esté siempre dispuesto a cubrir el principio con poder efectivo o que embellezca la debilidad con la brillantez del principio. No responderemos a este deseo. No trataremos de engalanar con oro las ilusiones engañosas de las derrotas sufridas.

El partido democrático ha sufrido derrotas; los principios que proclamó en el momento de su triunfo están siendo cuestionados; el terreno que realmente ha conquistado se le está disputando centímetro a centímetro; ya ha perdido mucho, y pronto se planteará la cuestión de saber el que le queda.

Para nosotros es muy importante que el partido democrático sea consciente de su situación. Surgirá la pregunta de por qué recurrimos a un partido, por qué no preferimos tener en cuenta el objetivo de las aspiraciones democráticas, el bien del pueblo, la salvación de todos sin distinción.

Este es el hábito y el derecho de la lucha, y la salvación de la nueva era sólo puede venir de la lucha de los partidos, no de compromisos que sólo tienen la apariencia de sabiduría, no de un acuerdo simulado, cuando chocan opiniones, intereses y objetivos.

Exigimos que el Partido Democrático sea consciente de su posición. Este requisito es el resultado de las experiencias de los últimos meses. El Partido Democrático se dejó llevar demasiado por la primera victoria. Borracho de alegría por poder finalmente expresar sus principios abiertamente y en voz alta, imaginó que era suficiente con proclamarlos para estar seguro de su realización inmediata. Después de su primera victoria y de las concesiones directamente relacionadas con ella, no fue más allá de esta proclamación. Ahora, mientras estaba lleno de ideas y abrazando a cada uno como a un hermano, mientras no planteaba una objeción inmediata, actuaban aquellos a los que se les dejaba el poder. Y su actividad no ha sido insignificante. Poniendo sus principios en segundo plano, que sólo revelaron en la medida en que esos principios se dirigían contra la vieja situación derrocada por la revolución, limitando cuidadosamente el movimiento en el que el interés de la nueva jurisdicción que se crearía y el restablecimiento del orden en el exterior podrían servir de pretexto; haciendo aparentes concesiones a los amigos del antiguo régimen para estar seguros de sí mismos para llevar a cabo sus proyectos; luego, construyendo gradualmente su propio sistema político en términos generales, lograron conquistar una posición intermedia entre el partido democrático y los absolutistas, avanzando por un lado, retrocediendo por el otro, progresistas contra el absolutismo y, a la vez,, reaccionarios contra la democracia.

Este es el partido de la burguesía moderada y cautelosa; en su primera borrachera, el partido del pueblo se dejó engañar por él hasta que, rechazado con desprecio, denunciado como agitador, recompensado con todas las tendencias condenables,

finalmente abrió los ojos y se dio cuenta de que, al final, sólo obtuvo lo que estos señores de la burguesía consideraban conciliable con sus bien entendidos intereses. En contradicción consigo mismo por una ley electoral antidemocrática, derrotado en las elecciones, se encuentra ante una doble representación de la que es difícil decir cuál de las dos se opone más decididamente a sus reivindicaciones. Como resultado, su entusiasmo se ha esfumado y se ha visto reemplazado por la denigrante observación de que una poderosa reacción ha llegado al poder, curiosamente, incluso antes de llegar a una acción de naturaleza revolucionaria.

Todo esto es innegable, pero el peligro no se reduciría si el partido democrático, presa de la amarga sensación de la primera derrota, aunque sea en parte responsable de ella, se dejara llevar de nuevo a este fatídico idealismo, que por desgracia está tan estrechamente ligado al carácter alemán. En virtud de este idealismo, un principio que no puede ser integrado en la vida está reservado para un futuro lejano, y confiado en el presente a la inofensiva elaboración de los “pensadores”.

Debemos poner en guardia directamente contra esos amigos zalameros que, aunque ciertamente se han declarado de acuerdo con el principio, dudan de la posibilidad de aplicarlo porque, dicen, el mundo aún no está maduro para ello; no piensan de ninguna manera en hacerlo madurar, y en esta perversa existencia terrenal prefieren tener como legado la suerte general de la perversidad. Si estos son los cripto-republicanos a los que tanto teme el consejero áulico Gervinus, estamos totalmente de acuerdo con él. Estas personas son peligrosas.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es